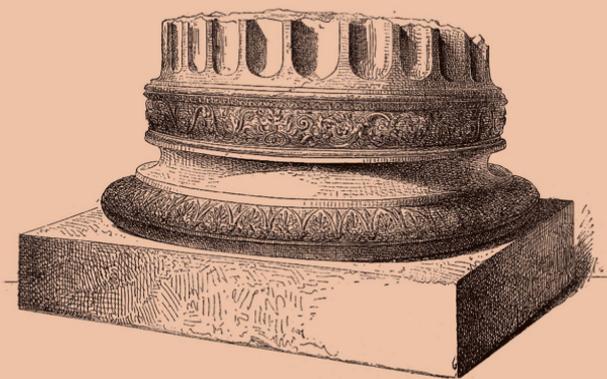


MIGUEL
WIÑAZKI



ESTOICISMO DE ALTURA

Filosofía para comprender el pasado,
abrazar el presente, desafiar
el futuro y sentir el alma

Ariel

MIGUEL WIÑAZKI

ESTOICISMO DE ALTURA

Ariel

IGNORO TODO LO REFERENTE a la navegación, pero he vivido el viento.

El viento es aire en movimiento.

¿Por qué se mueve?

No busco aquí una respuesta científica, sino filosófica.

¿Por qué será que se mueve?

No lo sé.

Pero el viento se puede medir detectando cómo se mueven las hojas de los árboles, las aguas y todo.

Mi amigo Scott escribió un libro al respecto. Se llama *Defining the Wind*, definir el viento.

Frances Beaufort nació en Inglaterra en 1774. Fue navegante y almirante.

Demostró que observar es definir.

Que mirar es comprender.

Hay algo poético en la «Escala de Beaufort».

Y la poesía se convirtió en preciso artefacto para navegar, que es necesario.

Una conversación en la terraza de una nave marítima, de unos minutos, me quedó grabada para siempre.

«El viento de la noche gira en el cielo y canta. Puedo escribir los versos más tristes esta noche. Yo la quise, y a veces ella también me quiso...»

El viento también es poesía.

Una brisa naciente puede convertirse en un huracán o derivar en un naufragio.

Dijo Don Quijote, el caballero de la triste figura: «No puede impedirse el viento, pero hay que saber hacer molinos».

Escribió Séneca: «No hay viento favorable para el que no sabe adónde va».

El estoicismo de altura es, sin embargo, el descenso hacia uno mismo, hacia la interioridad, hacia las obsesiones, las visiones, las alucinaciones, los temores, los deseos, el eros y la muerte en el horizonte.

Mis visiones de siempre: el mar, el cielo, la montaña, el fuego.

Esta es mi filosofía, es utópica: hay que tocar el cielo con las manos sin soltar la tierra.

Es necesario trepar, volar, para observar mejor desde la altura, pero sin perder la vista a la tierra. Y dejar volar a los libros.

Propongo un estoicismo de altura.

Volar sin dejar de caminar.

Subir sin dejar de descender a los abismos.

Un estoicismo de los elementos, eso es el estoicismo de altura y profundidades. Sumergirnos en el mar, desafiarlo, mirar al cielo, volar con el alma hacia él, escalar las montañas, mirar el fuego en las hogueras de la noche.

Eso cura.

No desvanece las heridas de la vida.

A veces la felicidad huye de nosotros.

Pero es mejor: cuando la felicidad se sustrae, reflexionar sobre las heridas sangrantes.

Se trata de convertirlas en cicatrices para pensar.

Pensar es dejar correr el fluir de la mente, sin intrusiones, sin pantallas que la invadan, sin consignas, sin esquemas, sin dogmas, en libertad.

Asociando libremente.

El monólogo interior. Eso cura. Pero nada es simple, también enferma de obsesiones.

El monólogo interior nos cura o nos enloquece.

Esa es la cuestión: la locura nos acecha siempre.

El estoicismo es la resistencia propia a nuestra locura.

Y es también detectar contra quién luchamos.

Leo la *Iliada*. Aquiles, el de los pies ligeros, no quiere combatir a los troyanos que raptaron a Helena. Más profundamente, quiere derrotar y avergonzar a Agamenón, su propio monarca; codicioso, egomaniaco, «ebrioso», dice Aquiles, «corazón de perro» lo designa.

El estoicismo se define como la búsqueda de nuestro mayor enemigo. En rigor, nosotros mismos. Todos llevamos un Agamenón interior al que tenemos que combatir.

Somos nuestro mayor enemigo.

Ese es el *quid* del estoicismo de altura.

Hay que ascender a los confines del alma para clavar el merecido puñal en el corazón del sometedor interior.

Hay sin embargo una visión opuesta, la de Ayn Rand: el objetivismo. Para ella lo que salva es el egoísmo, la lucha por nuestro propio yo que no encierra dentro de sí a un otro. Es el ego que lucha por salvarse a sí mismo, y en ese «sí mismo» no esconde un adversario interno.

La adversidad es lo que está fuera del yo.

Aunque nada tenga que ver con Ayn Rand, en este punto vale Sartre.

El infierno son los otros.

La filosofía es un conjunto de dilemas.

Y ninguna conclusión.



En el MoMA de Nueva York, en uno de esos viajes inolvidables que me regaló el periodismo y la universidad también, compré una Biblia con ilustraciones de Marc Chagall.

Soy laico de toda laicidad (salvo por profesar muy imperfectamente la religión de la cultura, como diría la filóloga Irene Vallejo). Soy laico, pero creyente. Creo en todo y descreo de todo, y esos seres alados, esos ángeles, me invitan a sus vuelos.

Y vuelo con ellos. Como si fuera la palabra gráfica de Dios.

A eso lo llamo estoicismo de altura.

Sin embargo, ante la fatalidad, ante la guerra y la sangre, ¿es posible volar?

Es de noche en Hebrón. Soldados de apenas 20 años portan armas automáticas y custodian el perímetro israelí de esa Ciudad Santa. Los palestinos también patrullan y abroquelan su territorio. Un 95 % de la ciudad está controlada por Hamas, un 5 % por los judíos.

Los textos sagrados aseguran que allí está enterrado el patriarca Abraham, que, previsor, compró su tumba por 400 monedas de plata. Y junto a él, su esposa Sara, y

los demás patriarcas y las matriarcas de Israel. Y no solo ellos. Adán y Eva también están enterrados allí mismo, según la fe de los creyentes. Todos yacen en catacumbas y ermitas que se ahuecan debajo de unas inmensas murallas construidas por Herodes, nada menos.

En la noche el aire se corta en la soledad deshabitada de unas calles en las que el peligro no es retórico. Una mujer palestina ha envuelto su cabellera, que solo será visible para su marido, que cruza una calle y asciende a su casa por una escalera oscura. Una mujer israelí que también cubre su cabellera cuenta que ese sitio es la puerta misma del Edén. Sin dudas parece la puerta del infierno.

Pero la fe mueve montañas.

La guerra desafía al estoicismo.

Sin embargo, Marco Aurelio fue un guerrero estoico y emperador.

El estoicismo no seca las lágrimas de las víctimas. Propone pensar desde las lágrimas.

Claro, eso es posible salvo que el dolor sea insoslayablemente un alarido.

El estoicismo de altura tiene límites. «Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé...»

Allí choca con la real posibilidad del suicidio.

Séneca se suicidó.

Pero antes del suicidio está la aventura del combate contra todas las desventuras, porque todos somos

Ulises y cada vida es una Odisea. Y ese es el sentido de la vida.



Todo árbol, esa elevación de la tierra al cielo, es una plegaria extendida y alude a una imagen moral: sin dejar la tierra, trepar desde la tierra a la copa erguida, mantenerse siempre vivo, pero por encima del mundanal ruido que ensordece con sus irreflexiones.

Transitar por las alturas es abrir las insondables puertas del universo.

¿Se abren? ¿O ilusoriamente creemos abrirlas?

Observo un video atroz tomado el 7 de diciembre del 2023.

Había un hombre muerto, yerto, su estómago ensangrentado. Lo rodeó con sus metrallass e invocaciones a la «grandeza de Dios» una horda de verdugos de Hamas, excitados, ensangrentados con la sangre de los otros. Comenzaron a gritar: «¡Maten al judío! ¡Maten al judío! ¡Maten al judío!».

Gritaban más y más y el judío ya estaba muerto y alguien tomó una azada y se la iban pasando de mano en mano, lanzaban los filos del instrumento diseñado para labrar con la intención de decapitarlo.

La fuerza de cada impacto conmovía al cuerpo ya inconvencible; pero se movía, los movimientos inermes de los muertos azuzados.

¡Matar al muerto!

Y luego, más muerte, y más y más.

El estoicismo no exonera la sangre.

Piensa desde la sangre.

Es utópico el estoicismo. Pero las utopías nos elevan si no se pierde de vista el punto de partida.

El dolor es una raíz que puede florecer como un árbol.

Se vuelve arte a veces, o sabiduría, o también necrópolis de los espíritus.

Depende.

Nada es simple. A veces es a la inversa. «Lo bello es solo de lo terrible el comienzo», escribió Rilke.

Se puede invertir esa afirmación porque también lo terrible es solo de lo bello el comienzo.

La guerra de Troya real fue terrible.

La *Ilíada* es bella.

La sangre y la infamia que brota del puñal de la política y de las traiciones perpetuas es el horror.

Hamlet es poesía.

Poesía dramática.

Esa es la cuestión.

Esa es la filosofía.



El estoicismo corre el riesgo burdo de convertirse en autoayuda. Pero se puede ahondar en él, y si se ahonda desaparece esa ligereza banal.

Por ejemplo, se le atribuye a Epicteto esta frase cruel y cierta:

Cuando le des un beso de buenas noches a tu hijo recuerda que podría morir a la mañana siguiente.

Es siniestro, y es real. Cada momento puede ser el último, y ser último de aquello que más querés es una valoración de cada instante, porque la muerte nos circunda.

La mortalidad potencia la vida.

Escribió Juan Rulfo en uno de sus ígneos cuentos de *El llano en llamas*:

Le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como solo las puede sentir un recién resucitado.

El cuento se llama «Diles que no me maten».

Vale para nuestra más profunda plegaria cotidiana, explícita o tácita: «Diles que no me maten».

Es lo que lo que los estoicos llaman «Memento Mori».

Y lo que Marco Aurelio recalca: «Recuerda que morirás».

Esa presencia de la muerte ilumina la vida.

«Nuestro error es suponer que la muerte llegará al final, cuando todo momento es la muerte», describen los estoicos.

El tiempo pasa, y lo que pasó ha muerto. Vivir es siempre morir en simultáneo. Y en tanto vivimos, el «Memento Mori» se acerca irremediable.

Siempre es ahora, y en la hora de nuestra muerte.

Y la hora de nuestra muerte también es ahora.

Spinoza, que no era un estoico, proponía:

No ridiculizar, no lamentar,

no detestar,

sino comprender.

En algún sentido sí fue un estoico.

La ética estoica es simple, pero es difícil de realizar.

«Si no está bien no lo hagas, y si no es verdad no lo digas» proponía Marco Aurelio.

Se trata de prestar atención, de vivir con plena conciencia. De abrir los ojos y todos los sentidos. No es simple. Consideraba Epicteto:

Si un marinero timonea un barco, ¿cómo lo va a llevar mejor?

¿Si presta atención o si no presta atención?